

podido observar en Rusia: en el nuevo tipo de juventud que ha dado la revolución. Mientras en occidente se afirma que sólo una cultura elevadísima y por consiguiente difícil de alcanzar—por lo mismo antidemocrática—puede renovar la conciencia del mundo, limándola de mezquindades y egoísmos, en Rusia, el simple cambio de condiciones económicas, la simple educación del trabajo sin el ideal del peso y del dólar, han creado una moralidad revolucionaria verdaderamente admirable. Entre el obrero adulto, que vivió en Rusia bajo el yugo zarista y el muchacho que ha educado la Revolución, existe ya una diferencia profunda aunque ambos sean igualmente comunistas. El joven ruso, por ejemplo, no bebe, no baila, sino especialmente sus danzas sueltas y típicas. El obrero ruso puede ir y va en muchos casos a la taberna. No he de olvidar jamás un detalle revelador: íbamos una noche por las calles de Moscú acompañados por varios estudiantes-obreros, y tropezamos con dos o tres viejos trabajadores que salían de una tienda de vodka. Ninguno de aquellos hombres guardaba bien el equilibrio y tres de mis compañeros dejaron el grupo para ayudarles a atravesar la calle. Al reunirse de nuevo con nosotros aquellos muchachos expresaban lástima e indignación: «Son las víctimas de esa época maldita», decían. Luego con su alegría característica entonaron una canción cuyas palabras son el elogio de «la juventud que no bebe porque es consciente».

Hay un entusiasmo tan profundo, tan vivo, tan inagotable en esta juventud rusa, que no faltan quienes afirman que se trata de una especie de nueva religión. Bertrand Russell, por ejemplo, antirreligioso inconciliable, ha dicho que el comunismo implica un nuevo tipo de religiosidad. Y es curioso que de otro lado se ataque tan duramente al bolchevismo por su «falta de fe». No es hora de discutir sobre este punto. Me permito creer que el comunismo no es una nueva secta, pero, al mismo tiempo que la religión rusa del pasado, es la religión *menos religiosa* que he conocido. En una conversación reciente he tenido el honor de coincidir en esta apreciación con Romain Rolland. Aquella religión cultural exteriormente, asiática, bajo el pontificado del zar, tiene para el occidental un atractivo teatral y exótico y una indudable belleza en su música ancestral maravillosa, pero, en cuanto a valor espectacular, mejor es el teatro típicamente ruso...

Y repito que no intento discutir sobre este punto. Los religiosos y los antirreligiosos pueden mirar desde sus atalayas al comunismo como un ateísmo o como un misticismo. Pienso que a través de todas las luchas y de todas las propagandas hay una honda realidad humana en la Rusia de hoy y que el primer gran resultado de la revolución es la nueva juventud que está dando al mundo. «Quitando a muchos sistemas pedagógicos norteamericanos su ideal del dólar y sustituyéndolo por el ideal del trabajo, hemos obtenido éxito en alguna escuela», me decía un técnico educacional en Moscú. Sin embargo hay quien cree que la vida sin el estímulo del capital será una vida laxa, animalizada y huérfana de incitaciones superiores. Lo he oído a un «eminente maestro». Pero ante tal afirmación, uno de esos muchachos rusos, que trabaja ocho horas en la fábrica y va a su Facultad obrera y se instruye durante seis, con

un entusiasmo y un optimismo inflaqueables, reiría como ríen los rusos, con una carcajada llena de ingenua elocuencia.

Alpes, Suiza.

(De *Renovación*, Buenos Aires).

Incidentes

EN todo intento de reforma hay un anhelo de mejora. Una diabólica propensión a reformar para corromper y pervertir es remotamente excepcional en el hombre. La reforma puede entrañar un error por desconocimiento del medio o de la época, mas no por prava intención.

La implantación de lo nuevo, que no se hace sin lucha, encuentra tres grupos de adversarios: los que saben, los que creen saber y el vulgo.

Entre los que saben hay dos subgrupos, los que juzgando inoportuno el momento de la reforma o inmaturos los elementos se oponen en interés de ella, y los que asociados con las cosas existentes preven la posibilidad de un eclipse de su prestigio. Estos últimos y los que creen saber, de ordinario hacen causa común, y en la hora de la lucha naturalmente apelan al número, esto es, al vulgo, porque el «vulgo siempre gusta de las cosas que debería detestar y condena lo que merece mayores alabanzas», para decirlo con las palabras de Miguel Angel en su diálogo con Francisco de Holanda.

La juventud, instintivamente, sintiéndose más cerca del porvenir, se inclina del lado de la reforma; parece que la comprendiera mejor. De allí que en todas las reformas, en todas las revoluciones de ideas, grandes o pequeñas, el movimiento haya emprendido su vuelo con las alas de la juventud abiertas en dirección del porvenir, donde ella encontrará su propio mundo, la atmósfera que habrá de respirar, la luz que habrá de mirar las creaciones de su pensamiento, que hoy son apenas sus ensueños o sus aspiraciones.

* *

Pero ¿quiénes son jóvenes? No ciertamente los que no aspiran, porque los tales son flores de ornamento que jamás cuajarán en fruto. La juventud, como excelencia del ser humano, es una gracia del espíritu, una flexibilidad del entendimiento para seguir el sutil ondeo de las ideas, una cierta sensibilidad del corazón para percibir y amar cuanto en sí lleva la promesa de florecer; es una frescura de la imaginación para crear nuevas cosas en los mundos en que se mueve el hombre, es una cual misteriosa potencia para adivinar las invisibles voces del porvenir. Y todas estas cosas pueden sonreír bajo las abundantes cabelleras de veinte años como bajo aquellas otras que ya se han cubierto de anacreónicos jazmines.

Por eso es que toda alma joven corre a apoyar las revoluciones de ideas, sin preconceptos, simplemente porque le parece que allí donde hay algo nuevo allí está su sitio de combate y su primer laurel. Para las almas jóvenes todo laurel tiene el mismo fresco verdor del primero. Y cuando el hom-